

LA CARIDAD.

AÑO 2º

SAN SALVADOR, ENERO 18 DE 1885.

NUM. 32.



NECROLOGIA.

Con verdadero sentimiento consignamos el triste suceso de la muerte del segundo Consiliario de la Junta de Caridad don **Gustavo d'Aubuisson** (P.) acaecida el lunes 12 de los corrientes, á las cinco de la tarde. En aquella hora el Salvador perdió un honrado vecino, uno de sus más útiles miembros y el Hospital uno de sus más decididos servidores. Contaba 63 años de edad.

A medida que la noticia de su muerte se esparcía por la capital la consternación se apoderaba de la generalidad. ¿Y cómo no había de manifestarse general pesar por el desaparecimiento de aquel que por sus cualidades se hizo acreedor al afecto y respeto de la sociedad?

De origen francés, el señor **d'Aubuisson** ingresó al Salvador cuando concluía el primer tercio de su vida, cuando el hombre no puede prescindir de la necesidad de amar; y su corazón impresionable amó á este bello y hospitalario país que le abrió sus brazos, ofreciéndosele como una segunda patria, y que, más tarde, quiso compensarle su cariño brindándole una de sus hijas para que fuese la dulce compañera de su existencia.

Modelo de buen esposo y de excelente padre de familia, nunca desatendió los sagrados deberes del hogar doméstico, por las distracciones y pasatiempos que la sociedad ofrece.

Quien se distinguió por sus virtudes privadas, necesariamente debió ser buen ciudadano, y él dió pruebas manifiestas de serlo, en diferentes ocasiones; pero, sobre todo, en los últimos ocho años de su existencia, en que figuró como consiliario en la Junta directiva del Hospital, se elevó sobre el nivel de muchos por la decisión y desinterés con que prestó importantes servicios á los pobres de dicho establecimiento.

Hé aquí uno de los muchos actos que enaltecen la vida del difunto, que honran su memoria, y que dan la medida de su filantrópica conducta con los pobres.

Cuando hace ocho años fué nombrado consiliario de la Junta de Caridad, el Hospital contaba con muy escasos fondos, y careciendo á veces aun de lo más necesario, el señor **d'Aubuisson**, acompañado de otros individuos de la Junta, cuyos nombres omitimos porque viviendo ofenderíamos su modestia, salió á recorrer las calles de la ciudad implorando una limosna, que gustoso daba el vecindario, para llevar sustento y abrigo á los infelices por cuyo alivio supo afanarse.

Con justa razón el Poder Ejecutivo lo había

reelegido para el presente año; y el mismo día de su fallecimiento, acordó que la Junta hiciese por su cuenta los gastos de inhumación, é hizo presente á la viuda é hijos su condolencia por el pesar que experimentan.

* *

Circularon tres invitaciones para el enterramiento, que tuvo lugar la tarde del día 13: la de la esposa é hijos del finado: la de la Sociedad de Beneficencia Franco-Suisse-Belge; y la de la Junta de Caridad.

A la hora señalada empezó á llegar la concurrencia á la casa mortuoria, impulsada por un solo pensamiento, el de dar un testimonio del dolor que le causaba tan sensible pérdida. Se encaminó la comitiva al Cementerio general, para conducir el cadáver á su última mansión, marchando en buen orden y formados en dos filas los huérfanos del Hospicio, dirigidos por dos Hermanas de la Caridad: seguía una regular concurrencia de personas de todas clases: luego en el centro iba el carro fúnebre rodeado de los demás miembros de la Junta y precedido de tres enfermos convalecientes que llevaban hermosas coronas de luto: seguían al féretro los hijos del difunto, en seguida las Hermanas de Caridad del Hospital; y cerraban el cortejo como cien enfermos de los que pudieron salir, llevando velas encendidas. Depositado el cadáver en la fosa, el Dr. D. David J. Guzmán pronunció, en nombre de la Junta, un elocuente y sentido discurso.

Así concluyó la ceremonia, dejando huellas de pesar en la sociedad, y un vacío en el hogar.

* *

¡Duerma en paz la personificación del honrado y modesto ciudadano **Gustavo d'Aubuisson!** ¡Qué el ángel de la caridad le cubra con sus alas!

Mas como la vida de los que se han ocupado de hacer el bien en este mundo no debe medirse por el espacio de tiempo que media entre la cuna y el sepulcro, **Gustavo d'Aubuisson** seguirá viviendo en el corazón de aquellos á quienes supo beneficiar, y su memoria será por muchos años bendecida en el hospital, mientras haya gratitud, para ejemplo de los vivos.

"La Caridad" viste hoy de luto sus columnas por tan lamentable pérdida, y su redactor, profundamente conmovido, dá á la viuda é hijos del que fué su compañero en la Junta el más sincero pésame, y les acompaña en su natural y justo sentimiento.

Beneficencia.

(COLABORACION.)

Hermandades de caridad.

Sabido es de todos que las sociedades caritativas se desarrollan con entusiasmo de cierto tiempo acá, habiéndose creado hermandades, á semejanza de las de esta Capital y de Santa Tecla, en algunas poblaciones pequeñas, que por sus escasos recursos y grado de civilización actual, aun no están llamadas á figurar en empresas ú obras que para su sostenimiento y adelanto requieren que el principio de asociación haya dado á priori señales de vida.

Pero eso nada importa; lo que interesa es hacer el bien, y que éste sea provechoso á las clases desvalidas, tanto en lo físico como en lo moral.

Las instituciones caritativas siempre honran al país en que se hallan establecidas, por cuanto es un signo de vida moral y una revelación de sentimientos cristianos.

Las piadosas congregaciones de esta capital y de otras ciudades se consagran al *servicio de los pobres*, aliviándoles sus miserias, dispensando sus caritativos cuidados á los enfermos necesitados é influyendo en la reforma de las costumbres, ganándose el corazón de las personas á quienes dispensáran sus beneficios, para ofrecerlo á Dios como el fruto mas precioso de su celo y de su caridad.

Y este propósito ha sido cumplido. No se han escaseado los sacrificios; se han superado las dificultades; se ha contribuido con el dinero y con la persona, con el servicio material, con el consejo, el buen ejemplo y la oración. Los trabajos, por tanto, han sido coronados mas de una vez por el Dios de bondad, que inspiró el pensamiento de formar aquellas Sociedades caritativas.

Sin embargo, lo decimos con dolor, parece que algunas de esas hermandades han tenido motivos de desaliento, al ver que los recursos se agotan y se hacen cada vez mas difíciles, sin que hayan disminuido las necesidades que debían satisfacerse con esos recursos; y, debemos creerlo, muchas veces las lágrimas habrán sido el único consuelo que hayan podido ofrecer á la desgracia.

Las lágrimas que una santa compasión hace derramar no son estériles, es verdad.

Ellas fecundan el corazón calcinado por el dolor, y hacen nacer la hermosa flor de la esperanza cristiana, á la que siempre acompaña la dulce resignación.

Pero si esto es bueno cuando no se puede hacer más, no debemos quedar satisfechos desde que tenemos conciencia de que un pequeño esfuerzo, una pequeña privación hecha en favor de los pobres, puede mejorar notablemente su condición, alejando de

sus morales espectro de la desesperación.

Tenemos conciencia de que todas las señoras que forman esas asociaciones caritativas, se alentarán á proseguir en su obra de bendición, si contribuíamos á fomentarla.

Y ya que á todos no es dado tomar sobre sí la misión de que se ha encargado tan generosamente una parte del bello sexo, á lo menos casi todos pueden tomar parte en sus obras dando una limosna segun sus facultades, seguros como deben estar de que Dios recompensa con la gracia en el tiempo y con la gloria en la Eternidad.

¿Con qué número de socios suscritores cuentan esas hermandades piadosas creadas por las señoras?

Con muy pocos; ó quizá, con ninguno.

Como nuestra intención es no ofender á nadie, nos dispensamos de sacar la consecuencia que fluye de este hecho.

De lo que no podemos dispensarnos es de excitar los sentimientos del público para que se digne asociarse por la limosna á una obra tan caritativa, tan honorífica para la piedad de nuestro país, tan útil y de tanto consuelo para los pobres, que atrae los bienes del cielo sobre los que por ella se interesan, y que hace gustar de un placer tan puro, porque deja la conciencia de haber hecho el bien.

Esperamos que esta indicación no será desatendida.

Si la caridad de este país es proverbial, no debe quedar en proverbio.

Debe, mas bien, ser práctica, para que ese proverbio, que es la expresión histórica de un pasado honroso, lo sea también de un presente no menos honroso.

Un presente que podamos legar al porvenir como un aroma grato.

Aroma que preserve á la posteridad de la llaga del egoísmo, y á la sociedad en general del pauperismo.

Pauperismo que pulula en donde no hay CARIDAD; en donde no se practican las virtudes del Cristianismo.

La Iglesia y la Civilización.

Los enemigos de la Iglesia, en su propósito de atacarla por todos los medios posibles, la acusan de ser enemiga de la civilización.

Hace muchos años que esta cuestión ruidosa se agita en las naciones del viejo mundo, y como se implanta también entre nosotros, conviene que la sociedad, para formarse un juicio exacto é imparcial, oiga la defensa del acusado.

Con este fin, comenzamos ahora á reproducir el luminoso é interesantísimo documento publicado en Febrero de 1877, por Monseñor Joaquín Pecci, entonces Arzobispo de Perugia, hoy Leon XIII, dignísimo sucesor de Pío IX el grande.

Tal documento es una pastoral so-

bre el señalamiento de encabezamos este *TRATADO DE LA IGLESIA Y LA CIVILIZACIÓN*, dividido en dos partes.

Los escritores que se han ocupado ya de la historia de Leon XIII dicen: "Ningún publicista ha tratado este punto con mas elocuencia, con mas verdad ni fuerza de lógica, que el Arzobispo de Perugia. La pastoral es, no solo una obra maestra de elocuencia y erudición, sino una obra capital donde resplandece con vivos fulgores el espíritu mas puro de la filosofía cristiana. La primera parte de este famosísimo documento se publicó con ocasión de la cuaresma de 1877 y la segunda algún tiempo antes de su elección. Merecía imprimirse en letras de oro obra tan notable; y llamamos sobre su contenido la atención para que se mida convenientemente la altura á que se ha remontado el sublime pensamiento del insigne varón que gobierna hoy la iglesia universal".

PRIMERA PARTE.

I.

El deber permanente que nos impone nuestro ministerio de anunciaros la verdad, se acrecienta en nuestros días, en razón de vuestras necesidades, que se han hecho mas apremiantes en los desgraciados tiempos en que vivimos. Es urgente hablaros para esclarecer vuestras inteligencias, que se trata de oscurecer con falaces y seductoras doctrinas. Es necesario hablaros, sobre todo, para disipar la confusión que se esfuerzan por establecer en las ideas, hasta el punto de que no se sabe ciertamente lo que debe ser reprobado como malo y lo que debe ser aceptado como bueno y justo. Porque la guerra que se hace á Dios y á su Iglesia es tanto mas formidable, cuanto que, lejos de ser siempre leal, se conduce con engaño é hipocresía. Si los impíos dijeran siempre francamente el objeto que persiguen, nuestro trabajo sería mas fácil, y, por otra parte, los fieles, espantados ante la enormidad misma de su empresa, no darían oídos á los seductores. Pero las cosas no pasan así; ellos se sirven de expresiones que engañan, de palabras de doble sentido, indecisas; y, sin explicarlas, las arrojan como pasto á la curiosidad pública, y levantan sobre ellos otras tantas fortalezas, desde donde se ataca con furor á la Iglesia, á sus ministros y á sus enseñanzas.

Podría citarse mas de un ejemplo flagrante de este artificio; pero nos fijaremos en una sola expresión de que los incrédulos abusan tanto que asombra la saciedad con que repiten por todas partes la palabra CIVILIZACIÓN, dando á entender que existe entre ella y la Iglesia una contradicción irreconciliable y una irreconciliable enemistad. Esta palabra, que en sí es, muy vaga y que se guardan bien de aplicarla llegado á ser el látigo que cruje sobre

nuestras espaldas, el instrumento con ayuda del cual se trastornan las mas santas instituciones, el medio que abre la puerta á los mas lamentables excesos.

Si se hace irrisión de la palabra de Dios y de Aquel que le representa en la tierra, es, suele decirse, la civilización quien lo exige. Es la civilización quien quiere que se reduzca el número de iglesias y de ministros sagrados, y que se multipliquen, por el contrario, los lugares de pecado.

Es la civilización quien pide teatros sin freno y sin pudor. En nombre de la civilización se quitan las trabas á la usura para que realice las ganancias mas ilícitas. Y es todavía en nombre de la civilización en el que una prensa inmunda pervierte los espíritus; y en que el arte, prostituyéndose, ofrece horribles imágenes que preparan el camino á la corrupción de los corazones.

Al abrigo de esta palabra mentirosa, que se levanta como una bandera venerable, el producto emponzoñado circula libremente, y en medio de los rumores que aturden y de la confusión de las ideas, parece demostrarse que la culpa es nuestra si la civilización no hace progresos más rápidos y si no alcanza más sublimes destinos.

Tal es el origen de lo que se quiere llamar lucha en favor de la civilización; pero que debe nombrarse mejor, opresión violenta á la Iglesia.

No extrañaréis, pues, queridísimos diocesanos, que con motivo de la proximidad de la Cuaresma, y al dirigiros, según costumbre, nuestra Pastoral, nos háyamos decidido á tratar largamente, y con preferencia á otro objeto, esta cuestión de la civilización. Vamos á demostrar, con pruebas evidentes, que todo lo que hay de bueno en esta palabra, nos ha venido en el pasado por manos de la Iglesia, y que solamente por las maternales solitudes de la Iglesia, nos será permitido conservarlo en lo porvenir.

II.

Al comenzar á tratar este importante asunto, no queremos incurrir en el reproche que hemos hecho á nuestros adversarios de servirnos de palabras que, no estando bien explicadas, no pueden más que enjendrar confusión. La verdad no gana nada con este sistema; y vosotros que habeis oído frecuentemente la voz de vuestro Pastor, sabeis cuánto ama su corazón el triunfo de la verdad sobre el error. Ante todo quiere esforzarse para precisar el sentido de una palabra repetida tan frecuentemente; y no juzgará haber empleado mal su tiempo, sí, dando á ella una explicación mas clara, hace su discurso mas luminoso y ordenado.

III.

Es una verdad reconocida, y la menor reflexión basta para convencernos de ello, que el hombre ha sido creado por Dios para vivir en sociedad; y que ha sido constituido de tal

suerte que, ~~sin~~ la sociedad, no podría conservarse de ninguna manera. Niño, si se le abandona á sí mismo, perecerá mas rápidamente que las flores, cuya duración no excede de algunas horas. Adolescente, faltándole el juicio y la experiencia, se engañaría con frecuencia si no hubiera quien se encargase de conducirle, instruirle y acostumbrarle á reglar honestamente su vida, habituándole á prestar á otros sus servicios, como se los prestan á él. Llegado á la edad viril, ¿qué sería de él sin la tutela previsorá de la sociedad de que forma parte? Un célebre economista francés (1) ha hecho el cuadro de los beneficios múltiples que el hombre reporta en la sociedad, y es una maravilla digna de ser admirada.

Considerad el último de los hombres, el mas oscuro de los artesanos: él tiene siempre con qué vestirse, bien ó mal: con que calzarse los pies. Pero, ¿cuántas personas, cuántos pueblos no han debido ponerse en movimiento para prepararle sus vestidos y calzado! Cada día lleva á su boca un pedazo de pan, ¡Y ved aquí todavía cuánto trabajo, cuántos brazos han sido necesarios para llegar á este resultado, desde el labrador que abre penosamente los surcos del campo para sembrar el grano, hasta el panadero que convierte la harina en pan! Este hombre tiene derechos y halla en la sociedad abogados que se los defienden, magistrados que se los consagran en sus juicios, y soldados que se los hagan respetar. ¿Es ignorante? Pues hay para él escuelas, hombres que componen libros y otros que los imprimen. Para la satisfacción de sus instintos religiosos y de sus aspiraciones hácia Dios, puede dirigirse á algunos de sus hermanos que, dejando otra ocupación, se entregan al estudio de las cosas santas y renuncian á los placeres, á los negocios, á la familia, para responder mejor á estas necesidades superiores.

Esto es suficiente para demostrar claramente, que es indispensable vivir en la sociedad para satisfacer necesidades tan superiores como diversas.

IV.

Estando compuesta la sociedad de hombres esencialmente perfectibles, no puede permanecer inmóvil: ella progresa y se perfecciona. Un siglo hereda las invenciones, los descubrimientos, las mejoras realizadas por el siglo precedente; y así se acrecienta de una manera maravillosa la suma de beneficios físicos, morales y políticos. ¿Quién podrá comparar las miserables cabañas de los pueblos primitivos, su vasallaje grosero, sus instrumentos imperfectos con los que poseemos en el siglo XIX? ¿Hay alguna proporción entre el trabajo ejecutado con las máquinas tan ingeniosamente construidas, y el que sale difícilmente de las manos del hombre? Es induda-

ble que existe un progreso sobre los caminos mal trazados, sobre los puentes poco seguros, sobre los viajes tan incómodos y largos de otras veces, en el movimiento de nuestros caminos de hierro, que parecen haber puesto alas en nuestras espaldas, acortando todas las distancias de nuestro planeta. Por la dulzura de nuestras costumbres públicas y la urbanidad de las maneras, ¿no es nuestra época superior á los siglos rudos y groseros de la barbarie? ¿Y las relaciones recíprocas no son más corteses? Bajo la influencia del tiempo y la experiencia, ¿no ha mejorado este sistema político, mirado bajo ciertos puntos de vista? Ya no se ven las venganzas particulares toleradas, la prueba del fuego, la pena del talió, &c. Los tiranos feudales, las comunidades batalladoras, las bandas errantes é indisciplinadas de soldados, ¿no han desaparecido?

Es, pues, incontestable que el hombre en la sociedad va siempre perfeccionándose bajo el triple punto de vista del bienestar material, de las relaciones morales con sus semejantes y de las instituciones políticas. Ahora, los diversos grados de este desarrollo progresivo, al cual llegan los hombres reunidos en sociedad, constituyen la civilización. Ella es naciente y rudimentaria cuando las condiciones del perfeccionamiento del hombre, bajo estos tres aspectos, se producen en un estrecho límite; ella es adulta, cuando esta manifestación es más extensa; ella será completa si todas estas condiciones llegan á su entero desarrollo.

V.

Hé aquí la noción verdadera de la civilización. Para que no se nos acuse de dar palos de ciego y de combatir en el vacío, vamos á abordar la gran cuestión que en nuestros días tiene al mundo suspenso.

“¿Es verdad que la civilización no puede producir sus frutos en una sociedad que vive del espíritu de Jesucristo, y en medio de la cual la Iglesia Católica hace oír su voz de Madre y de Soberana? ¿Estará el hombre condenado á no alcanzar de la sociedad todas las ventajas que tiene derecho á esperar en el orden físico, moral y político, si no se rebela contra la Iglesia y si no la repudia?”

Debería afirmarse que sí, si se tuvieran en cuenta las ideas que corren y los hechos que pasan ante nuestros ojos. Por lo mismo, es necesario ver si esta incompatibilidad se halla realmente en el Cristianismo y en la Iglesia, y si existe la persuasión de que es preciso renunciar á toda esperanza de mejoramiento, hasta que se haya conseguido el fin de la Iglesia.

Tal es la cuestión que llamamos grande, y capital; porque si ella se resuelve con detrimento de la Iglesia, no será posible impedir la apostasía de sus hijos, los cuales se mostrarán ciertamente desdeñosos con una institución que había de esforzarse á

[1] Federico Bastial.

permanecer bárbaros y fuera de las vías de la civilización.

VI.

Pero si, por una parte, la cuestión es muy grave en sí, y á causa de sus consecuencias, por otra es de las que se resuelven proclamando el triunfo de la Iglesia. Para demostrarlo no hay necesidad de más que de una reflexión tranquila y de un estudio imparcial de los hechos. Y es precisamente con la ayuda de una reflexión tranquila y con la luz serena de la historia con que vamos á tratarla, á fin de que, por la malicia de otros, ninguno caiga en el error de abrigar vanas sospechas contra la Iglesia.

Sin embargo, tal asunto no puede encerrarse, á causa de su amplitud, en los límites necesariamente estrechos de una Pastoral. Por lo mismo y, entendiendo que es mejor dividirlo, nos contentaremos esta vez con considerar la civilización en tanto cuanto realiza las condiciones de perfeccionamiento del hombre en sociedad, bajo la relación física y material. No sin especial designio comenzaremos por tratar este punto de vista, porque además de ser el primero en ofrecer su desenvolvimiento, y por lo mismo el primero que llama la atención, es también el más importante, no por su valor intrínseco, sino á causa de las inclinaciones desordenadas de nuestra edad, que se preocupa, sobre todo, de causas que miran al sentido y bienestar de la vida presente.

VII.

¿Será verdad que dentro de la Iglesia y según sus enseñanzas el hombre no puede llegar, bajo el punto de vista del bienestar físico, á ese grado de civilización que podría esperar si estuviera desembarazado de todo lazo y de toda dependencia con ella? Cuán fácil nos es responder á esto con las palabras, bien conocidas, de un escritor poco sospechoso de parcialidad para con la Iglesia: "¡Cosa admirable! La religión Cristiana, que no parece tener otro objeto que la felicidad de la otra vida, labra nuestra dicha en lo presente." (2).

En efecto, considerad, que la primera fuente de la prosperidad es el trabajo, de donde fluyen las riquezas públicas y privadas, los perfeccionamientos de la materia y los descubrimientos ingeniosos. Pues bien. ¿Quién ha considerado el trabajo bajo su forma más humilde, que es el trabajo manual, ó bajo la más noble, que es el estudio de la naturaleza, para conocer sus fuerzas y aplicarlas á los usos de la vida? ¿Quién le ha considerado y alentado mejor que la Religión de Jesucristo, conservada pura é inalterable en la Iglesia?

El trabajo fué siempre desdeñado, y lo es todavía, allí donde el cristianismo no ha extendido aun su benéfico imperio. Aristóteles le proclamó indigno de un hombre libre.

[2] Montesquieu, *Espíritu de las leyes* XXIV, III.

(3) Platón le calificó con el mismo epíteto. (4) Los obreros, que fueron siempre por parte de la Iglesia objeto de sus tiernas solicitudes, no eran mirados por los griegos como ciudadanos; se les relegaba casi al rango de esclavos. El hombre libre en posesión de todos sus derechos no trabaja; muestra su desdén hasta en frente de las bellas artes y en sus relaciones sociales. En las Asambleas se envanecerá de su elocuencia y de su ociosidad. Las costumbres de los romanos diferían poco, bajo este punto de vista, de las de los griegos. Cicerón, ese gran filósofo, ese orador ilustre, despreciaba tan marcadamente el trabajo, que consideraba á los artesanos como bárbaros y gente de nada. Terencio, que es un excelente testigo de las ideas que corrían en boga en su tiempo en Roma, da entender que para ser respetado y honrado era preciso llevar una vida ociosa y no estar obligado á trabajar para vivir. Juvenal nos enseña cual era la ocupación más querida de los romanos libres; "Mostrarse insolentes ante los ricos para obtener el pan y las diversiones sanguinarias." Tal fué la consideración que mereció el trabajo en los dos pueblos más civilizados de la antigüedad, y fuera de estos dos pueblos, ni ha sido jamás más considerado; ni lo es todavía. Así como los antiguos germanos, de quienes nos habla Tácito, tenían horror al trabajo, de igual manera vemos perpetuarse la misma antipatía entre los pueblos privados de la luz del Evangelio. En la India, un brahman, es decir, un hombre perteneciente á la casta más elevada, se creería humillado si tocara solamente á un pária. Los salvajes de la América del Norte se abstienen del trabajo que arrojan sobre sus mujeres, tratadas por ellos como esclavas. Y si debemos dar crédito á una revista célebre, lo mismo entre nosotros, que hemos llegado á un grado tan alto de civilización, el trabajo no es honrado más que en palabras, y en tanto que todos se humillan ante el rico, no se hace buena cara á aquel, cuyas manos se han endurecido al contacto de los instrumentos del trabajo.

Este estado de cosas cesó cuando en el vasto cuerpo de la sociedad se hizo sentir el soplo de la Religión Cristiana. En primer lugar, el trabajo fué para ella como una dignidad sobrehumana, porque Jesucristo, verdadero hijo de Dios, quiso estar sometido á un pobre artesano de Galilea; y él mismo, en el taller de Nazareth no desdeñó consagrar al trabajo sus manos benditas. Los apóstoles, enviados por Jesucristo, pedían al trabajo su subsistencia, á fin de no ser gravosos á sus hermanos y de poder socorrer á los indigentes. Más tarde los Padres de la Iglesia parecen no hallar expresiones que respondan á su vivo deseo de glorificarle y estimarle en su más al-

(3) *Politic.*, III, III; VIII, II.

(4) *De Rep.*, II.

to precio. San Ambrosio, San Agustín, emulando su utilidad. San Juan Crisóstomo, hace notar que el trabajo, que nos fué impuesto como una expiación, sirve todavía de ejercicio para fortalecer nuestra naturaleza moral. En fin, el trabajo, no solamente permite al hombre sostenerse á sí mismo, sino socorrer á los demás.

Todos los bellos y verdaderos pensamientos sobre el trabajo son cristianos: todos han salido del seno de la Iglesia, que ha influido poderosamente para que sus elogios tomaran cuerpo en los hechos y en las instituciones.

La vida monástica, consagrada especialmente al trabajo y á la agricultura, vino después á tomar carta de naturaleza en la sociedad, aportando un glorioso y eficaz concurso al bienestar común. Separados por trece siglos del origen de esta grande institución, orgullosos de nuestra industria y de nuestros progresos, hemos olvidado los tiempos en que ella surgió, los esfuerzos que hizo, y todo lo que le debe la civilización. ¡Qué de alabanzas no merecen esos pobres monjes que dieron tan poderoso impulso á todo lo que hace la vida feliz y cómoda. Nosotros vivimos en una época en que el trabajo alcanza honor, donde el que tiene grandes capitales busca en el trabajo el medio de acrecentarlos, donde el que nada posee recurre á él igualmente para llegar al estado de riqueza que desea; pero esos hombres venerables que se reunían bajo la disciplina de la Iglesia, vivieron en tiempos bárbaros y turbulentos, donde nadie tenía placer en trabajar, donde el que poseía un brazo robusto creía no poder hacer de él mejor uso que ponerle al servicio de un aventurero rapaz, para entregarse al pillaje y al asesinato. Y sin embargo, en estas condiciones tan desventajosas, ellos se distribuyeron por toda Europa, convertida en un desierto, y cambiaron su aspecto, haciendo que se cubriera de una floreciente cultura.

Transportémonos con el pensamiento á esos tiempos, y consideremos cuán útil ejemplo dieron estos hombres que, contentos con un pobre vestido y con un alimento apenas suficiente para evitar la muerte, suspendían sus oraciones para ir al campo á hendir con el arado el suelo endurecido y arrojar el grano que, llegado á su madurez, había de abastecer de pan á los pobres, á los peregrinos, á países enteros. Ellos se aplicaban también, haciendo increíbles esfuerzos, á abrir caminos, á arrojar puentes para facilitar las comunicaciones de un país á otro y hacer el comercio más fácil y seguro. ¡Cuántas ventajas no ha reportado la sociedad de estos hombres, que, multiplicando sus laboriosos ensayos con una paciencia sin igual, y mancomunando sus fuerzas y sus luces, se consagraban á desecar pantanos, á encauzar los ríos, á recoger las aguas dispersas para regar las

ampiñas; y todo esto de una manera tan ingeniosa, que, según el testimonio de un historiador célebre (5), nuestros contemporáneos, á pesar de los progresos de las ciencias naturales, tienen todavía algo que aprender de esos viejos habitantes del claustro!

Y no son solamente las artes primitivas y mas estrictamente necesarias á la agricultura, las que deben su vida y su progreso al trabajo de los monjes, inspirados y dirigidos por la Iglesia: las artes mecánicas y las bellas artes no encontraron asilo más seguro ni campo más agradable á su desarrollo que las iglesias, moradas episcopales y los monasterios, donde las primeras se perfeccionaron y arrojaron las segundas las primeras centellas que más tarde produjeron un esplendor brillante y maravilloso.

Sí, pues, el trabajo es una fuente de riqueza, y si la riqueza pública es un signo de civilización y de perfeccionamiento humano, bajo el punto de vista del bienestar exterior y físico, no se puede dudar que la Iglesia tiene derechos, históricamente incontestables, al reconocimiento público, y que una lucha entablada contra ella, en nombre y en interés de la civilización, sería á la vez irracional é injusta.

VIII.

Esta locura, esta injusticia manifiestas, brillan con mayor realce si se consulta la historia civil; esta historia que los enemigos de la Iglesia, llenos, como están, de prevenciones y de odios de partido, no quieren leer ó se olvidan demasiado pronto de haberla leído.

¡Qué error! Se quiere abandonar á la Iglesia porque es incapaz—dicen—de favorecer la civilización y los felices progresos que de ella se derivan.

Pues si no se arrojan al fuego los documentos históricos que interesan á nuestra patria, es preciso confesar que jamás elevó la sociedad en Italia más alto su vuelo hácia la civilización, que cuando estuvo animada del espíritu cristiano y se halló toda envuelta en una atmósfera católica. A pesar de nuestra vanidad y jactancia, yo no sé verdaderamente si hombres sensatos tendrán el valor de sostener que, en punto á política y grandeza industrial, nosotros, modernos, estamos en vías de superar á nuestros Padres Católicos, cuyas palabras y hechos atestiguan sus creencias.

Venecia, Génova, Pisa, Luca, Florencia y otras provincias italianas, en tanto que se mostraron respetuosas para con la autoridad de la Santa Iglesia, llenas de esa fé que se traducía en las magníficas basílicas y en las innumerables instituciones de la piedad cristiana, alcanzaron un poder que, atendidos los tiempos y los medios imperfectos de que se disponía en aquella época, supera al de las naciones modernas más florecientes. La

Jonia, el Mar Negro, el Africa, el Asia, eran el teatro de las relaciones comerciales y de las expediciones guerreras de nuestros antepasados: ellos hacían importantes y fecundas conquistas; y en tanto que en el exterior su bandera flotaba temida y honrada, en el interior no permanecían inactivos. Ellos cultivaban las artes; y el negocio multiplicaba por todos los medios honestos la riqueza pública y la privada. Las industrias de la lana, de la seda, de la orfebrería, de los vasos pintados y de la papelería, abastecían de trabajo en Florencia, Pisa, Bolonia, Milán, Venecia y Nápoles, á miriadas de obreros, haciendo refluir sobre nuestros mercados el oro y el concurso de los extranjeros.

De allí vino ese lujo tan enérgicamente censurado por Alighieri, por Villani, por Vaclii, por casi todos nuestros cronistas, fruto producido por la riqueza de sus comercios: de aquí todavía los progresos y el esplendor de las Bellas Artes que encantan de ordinario los alojamientos de una vida cómoda. Los nombres inmortales de Giotto, de Arnolfo, de Brunellesco, hasta los de Perujino, Rafael y Ticiano, Viñola, Palladio y un gran número de otros, forman un bello cuadro que representa el maravilloso desarrollo de la civilización, en una sociedad que no tenía obligación de romper los lazos que la unían á la Iglesia, y de hacerse incrédula para marchar libremente por las vías del progreso y gustar el bienestar y los encantos de la vida.

(Continuará.)

Obras son amores.

No puede negarse que el Catolicismo engendra héroes. Bien lo están demostrando hoy en Francia, con motivo del cólera, los católicos de todas clases y condiciones que con su conducta ponen de manifiesto una vez más que para hallar la verdadera caridad hay que buscarla en la religión del Crucificado; en esta religión con tanta saña atacada por los enemigos de todo bien, de toda verdad y de toda virtud.

Y por cierto que tal explosión de amor á Dios responde perfectamente al llamamiento de los Prelados, que como el Arzobispo de París y otros muchos se han dirigido al corazón de los fieles, seguros de no hacerlo en vano.

“En presencia de tantos padecimientos, decía el Emmo. señor Guibert, el corazón de los hijos de Dios debe abrirse á la compasión y á las inspiraciones de la caridad.”

Y, en efecto, el corazón de los católicos no ha permanecido cerrado. Empezando por Su Santidad que ha enviado gruesas sumas á varias ciudades, y concluyendo por el General de los Cartujos, que acaba de socorrer á los pobres de Tolón con cuatro mil francos, cada cual ha hecho

lo que ha podido en favor de las poblaciones infestadas.

Una noble marquesa, la señora de Bois Habert, abandona su elegante palacio de París y se viene á Marsella á asistir coléricos en cumplimiento de una promesa religiosa.

Los obreros todos de un círculo católico se ofrecen para servir gratuitamente á los enfermos.

Los sacerdotes permanecen en sus puestos, y los que están ausentes, como el párroco de San Juan de Arles, acuden á correr el peligro y mueren en él.

En un solo hospital mueren varias Hermanas de la Caridad, elevándose á más de treinta y tantas el número de las que fallecen por asistir á los apestados.

El P. Materon, canónigo de Saint-Denis, deja su residencia y se traslada voluntariamente á Tolón para crear un servicio de asistencia á domicilio para los coléricos que se niegan á ir al hospital.

El presbítero Boulanger establece en Marsella otra obra piadosa de socorro, y muere víctima de su celo.

Los Prelados y Comunidades religiosas de las ciudades no apestadas aún (Valencia, Irun, Fuenterrabia y Tortosa) ofrecen sus casas para hospitales y lazaretos, y sus bienes y sus personas para la asistencia de los enfermos, mientras los prelados de los pueblos ya apestados, como el de Arles y otros, visitan á los coléricos en sus propias casas.

El Obispo de Marsella hace lo mismo llevando sus socorros personalmente á las habitaciones de los pobres enfermos, algunos de los cuales, por no ser llevados al Pharo, se esconden para morir tras de las puertas de sus casas cerradas con cadenas.

Es un cuadro triste y consolador á la vez ver tanta desdicha por una parte y por otra, tanto heroísmo.

¡Soy tan feliz con morir! exclamaba un joven capuchino en sus últimos momentos. Este soldado de la caridad se llamaba el Padre Roggero y acababa de ser nombrado capellán de las Hermanas del *Retraite Cheretienne*, donde hizo el cólera doce víctimas en algunas horas. Tenía treinta y siete años y rogaba al guardián que estaba á su lado que no pidiese por su curación.

Aquel hombre sabía que moría por Dios y no quería trocar su muerte por todas las dichas de la tierra.

Es inútil que se cansen los enemigos del Cristianismo y de las Ordenes religiosas sus centinelas avanzados. Cuanto más se las persiga, más grandes se harán, porque precisamente en los momentos de mayor peligro es cuando tienen ocasión de descubrir su grandeza.

¿En donde tales enemigos han abierto un hospital y se han puesto al lado de la cabecera de los enfermos?

Pues mientras eso no hagan y repitan cien y cien veces á través de los

(5) César Cantú.

siglos, como hace y repite el Catolicismo en todas las ocasiones que se presentan, sus palabras serán vanas y sus esfuerzos inútiles; porque el pueblo, desengañado ante la evidencia de los hechos, se acordará en seguida de que hay un refrán que dice que *obras son amores y no buenas razones*.

De "El Argentino" de Paraná.

¿Qué somos nosotros?

A las Sociedades Católicas de la República.

[Tomado del "Manual del visitador del pobre", escrito por doña Concepción Arenal de E. Carrasco, quien lo dedicó á las sociedades análogas de México].

II.

Si no llevamos al visitar al pobre un espíritu de humildad razonada y sentida, nuestro orgullo se notará sin que nosotros lo notemos. No hemos de tener el aire de un gran señor que consiente en descender de su esfera, ni del justo que tolera los defectos del pecador, sino de un hermano colocado por la Providencia en situación más ventajosa, que se aflige de que su hermano no pueda participar de ella, y quiere prestarle auxilio y consuelo.

Entremos dentro de nosotros mismos antes de entrar en casa del pobre, y preguntémonos: ¿Qué somos? ¿Qué hemos hecho para merecer nuestra posición, nuestras riquezas, nuestros honores? ¿Qué hemos hecho para evitar las desgracias y los extravíos que deploramos en otros? ¿Qué noble empleo hemos dado á nuestra inteligencia, á nuestra riqueza, á nuestro poder? ¿En qué grandes luchas ha triunfado nuestra virtud? ¿Qué grandes sacrificios hemos hecho por los que acusamos? ¿Qué sublimes ejemplos hemos dado á los que intentamos corregir? ¿Qué mérito hay de nuestra parte para no caer en faltas de que no podemos tener ni la tentación siquiera? Si esto nos preguntamos en el silencio de nuestras pasiones acalladas; si á esto respondemos en la sinceridad de nuestra conciencia, ¿quién de vosotros se atreverá á levantar la mano para arrojar la piedra de su desdén y de su cólera, sobre los míseros que Dios no colocó tan abajo sino para que los levantásemos! ¿Quién tan desvanecido por la felicidad que crea merecerla?

Todas las circunstancias que á nuestro parecer nos elevan sobre el pobre, son puramente accidentales. Nuestra fortuna constituye nuestro mérito, y rara vez podemos reclamar otro que el empleo que hagamos de sus dones. ¿Y quién de nosotros se atreverá á reclamarle? ¿Quién hay tan ciego que se atreva á decir á Dios ni á los hombres: — Yo hice todo el bien que podía hacer, yo evité todo el mal que estaba en mi mano evitar? ¿Quién hay que no sea justiciable de alguna de estas dos grandes faltas: hacer

verter lágrimas, ó no serlas enjugado!

¿Qué de causas atenuantes para las faltas del pobre! ¿Cuántas agravantes para las nuestras!

Desde niños aprendemos á conocer á Dios, á temerle y amarle. Nuestras facultades se educan, nuestros buenos instintos reciben expansión, siendo comprimidos los malos. Tenemos nociones exactas de lo justo y de lo injusto; á nuestros ojos aparece el vicio en toda su fealdad, la virtud en toda su belleza. ¿Cómo, si todo tiende á elevarnos, descendemos tanto? ¿Cómo, entrando en los combates con tantos elementos de victoria, sucumbimos tantas veces? Ante el Tribunal de la Divina Justicia, nuestra causa ha de tener más difícil defensa que la de *esa gente* objeto de nuestra caridad, muchas veces desdeñosa. Pensemos que la prosperidad se convierte fácilmente en ciego orgullo; que muy solícitos para averiguar si hemos merecido nuestra mala suerte, recibimos la buena como si nos fuera debida. Para entrar en la casa del pobre con humildad de corazón y de inteligencia, investiguemos si en su lugar nos conduciríamos mejor que él, y á la vista de sus faltas, de sus vicios, tal vez de sus crímenes, dirijámonos esta pregunta: ¿Los pobres serían lo que son, si nosotros fuéramos lo que debíamos ser?

Municipalidad de San Salvador.

La memoria publicada por el señor Alcalde municipal de esta ciudad, Dr. don José María Paredes, dando cuenta de los actos de la Municipalidad durante el año de 1884, es un interesante documento que, salva una excepción, contiene juiciosas observaciones, dignas de ser atendidas. Hé aquí algunas de ellas:—

“Entre nosotros la esfera de acción de la Municipalidad es extensísima, inmensa; pero también es innegable que no tiene, como en la mayor parte de las grandes ciudades del mundo civilizado, completa libertad de acción.

Sus disposiciones tienen que ajustarse á una línea de conducta trazada desde antaño por nuestra indolencia, por nuestro mismo modo de ser. De nada le serviría querer vencer obstáculos, porque á última hora se vería aislada y entregada á sus propias fuerzas.

Fijaos también en que sus disposiciones no son acatadas como se debe. La prensa, la misma prensa es látigo alzado contra ella.

Cuando sus observaciones han sido justas, inspiradas en el mejoramiento público, cuando han obedecido á causas nobles, las hemos atendido lo mejor posible, en cuanto lo han permitido las rentas y atribuciones municipales.

Os he hablado de esto para que se-

país á qué atenderos y conozcáis las dificultades con que tropezaréis en vuestro período administrativo.

Evitadlas como hábil piloto que huye los arrecifes que destrozarían su nave; haréis bastante con eso.

La Municipalidad tiene sobre sus hombros una pesada carga; está obligada á satisfacer las exigencias de la población, á cuidar del ornato, aseo y comodidad públicas; y para esto no basta solamente estar inspirado por los mejores deseos, se requiere hacer grandes gastos y hasta contraer serios compromisos.

Crecida era la deuda con que nos encontramos y debido únicamente á las prudentes economías que hemos hecho, nos ha sido dado pagar más de la tercera parte.

“La instrucción primaria ha merecido particular atención de parte de la Municipalidad, habiéndose llenado los vacíos que en algunas escuelas se notaba. La junta de vigilancia ha notado más aprovechamientos, más orden en las escuelas de niñas que en las de niños. ¿En qué consiste esto? En el descuido de los padres de familia para obligar á sus hijos á concurrir con puntualidad, y algunas veces en la impericia de los maestros.

Espero de vuestro patriotismo que, en común acuerdo con la Gobernación de este Departamento, busquéis los medios de mejorar las escuelas de hombres.

“Las rentas con que cuenta no son, ni con mucho, suficientes para atender debidamente á todos los gastos que á menudo se presentan. Tiene que cuidar del ornato, aseo, salubridad, en una palabra, del gobierno interior de la capital y, ya comprenderéis que para poder hacer frente á tantas obligaciones se necesita gran acopio de recursos.

“Por acuerdo supremo de 28 de Agosto de este año, el fondo de trabajadores que anteriormente lo recaudaba el municipio, ingresa ahora á las arcas del Gobierno.

Si recordamos el decreto legislativo de 12 de Febrero de 1883, en que se dispuso que las multas y conmutaciones sirvieran para ayudar á los gastos de la Policía Reformada, vendréis en conocimiento de que en vez de aumentarse, cada año se disminuyen las rentas municipales.

“A pesar de tales contratiempos se han pagado \$ 7,394-75 centavos de las deudas contraídas por la Municipalidad en el año anterior, deudas que ascendían á la respetable suma de \$ 22,547-34 centavos distribuidas en un crecido número de acreedores.

En la actualidad las deudas están reasumidas en un solo acreedor, el doctor don Manuel Esteves á quien se le deben \$ 15,152-59 centavos y con el cual se convino que se le pagaría dentro de dos años á contar desde el 18 de Setiembre último, reconociéndole el 1½ por ciento de interés mensual, garantizándole el pago de la deuda,

previa autorización judicial, con la hipoteca de la parte del edificio municipal que actualmente ocupa el colegio del doctor don A. Adolfo Pérez.

“En la época presente, criminal sería ver con indiferencia los planteles de instrucción primaria, porque en ellos se siembran, por decirlo así, en el corazón y en la tierna inteligencia de los niños, las semillas que más tarde, en los colegios, en las universidades, fructificarán, rindiendo ópinos y valiosos frutos.

“Por eso, la Honorable Corporación que tengo á honra presidir ha puesto punto en dar á las escuelas todo el ensanche, todo el abrigo, todos los auxilios posibles.

“En la capital hay establecidas ocho escuelas de niños y siete de niñas, recibiendo en ellas la instrucción 346 niños y 327 niñas. La Corporación ha provisto á las escuelas de todos los útiles y enseres necesarios, pagando además mensualmente el alquiler de la casa en que está establecida la Escuela Central de niñas, á cargo de la señorita Narcisa Salazar, y á los catedráticos que dan las clases de Gramática Castellana y Aritmética en las escuelas dichas y en la de San José.

“Los resultados obtenidos en el año escolar de 1884 han sido altamente satisfactorios en las escuelas de niñas: aprovechamiento, amor al estudio, compostura, sanos principios pudo notar, con placer, la Junta de vigilancia. Siento no poder decir lo mismo de las escuelas de niños, que al contrario, han dejado mucho que desear.

“En el presente año ha cumplido con los deberes que le impone el reglamento respectivo, habiendo vacunado más de 3,000 personas, tanto de esta capital, como de las diferentes poblaciones que le corresponden.

“Mr. Mortimer J. Alexander, propietario del matadero general ó *Rastro* como comunmente se le llama entre nosotros, lo propuso en venta á la municipalidad, pero pareciendo excesivo el precio de 40,000 pesos que pedía no se pudo hacer la contrata.

“Con el establecimiento del nuevo matadero, ha mejorado bastante el ramo del tajo, en cuanto al aseo, puntualidad en el destace y buena calidad de las carnes destazadas.

“Continúa por cuenta de la municipalidad un *Guarda-Rastro* que devenga 15\$ mensuales. Este empleado lleva un libro en que consta el número de reses destazadas cada día, debiendo además cuidar del aseo del edificio, según el artículo 1,299 de la ley de Policía.

“En el presente año han sido destazadas 4,355 reses.

VARIETADES.

Caballero.

Todos estamos oyendo continuamente la palabra *caballero*.

Se presenta muy bien puesto, lleno de ceremonias y atenciones, y se le llama *caballero*.

Pasa un hombre por la calle en elegante carroza, tirada por soberbios caballos, y se dice, ahí va un *caballero*.

Entramos en una casa ricamente amueblada y entapizada, donde vemos á un hombre arrellanado en un sofá, y se dice: aquí vive el *caballero* tal.

Todos estos hombres ¿son realmente *caballeros*?

¿Qué es, pues, un *caballero*?

Un *caballero* no es precisamente un hombre que viste frac ó levita, ni el que lleva cadenas ó botones de oro, ni el que se perfuma y ostenta en magníficos carruajes ó en briosos corceles.

¿Cuántas veces bajo esos fracs, bajo esas levitas, bajo esas joyas, se oculta un pillo!

¿Cuántas veces es arrastrado en esos coches un perverso, un corrompido, un tramposo, un traidor, un cruel, un usurero, un rencoroso, un vengativo, un mal padre, un mal esposo, un mal hijo, un pérfido amigo, un refractario, un intolerante que á cada paso y por el menor motivo pide satisfacciones de sangre!

Nada de eso por cierto constituye un *caballero*.

Todo eso no es sino arrogancia, vanidad, exterioridad, apariencias, antifaz.

Lo que constituye un magnífico edificio no es por cierto la fachada, es el todo: sus dimensiones, su elevación, su elegancia, su arquitectura, su simetría, su perfección artística, interior y exterior.

Solo una cosa se compone de fachadas: — los sepulcros.

Lo que constituye un *caballero* es un alma elevada, noble, generosa, magnánima, caritativa, tolerante, paciente, dócil, accesible, modesta, insinuante.

Un hombre con virtud.

La virtud no puede existir sin la observancia de las leyes.

Es, pues, un *caballero*, el hombre de *maneras cultas, observante de las leyes divinas y humanas*.

(Cop.) M. A. PIÑERO (Argentino.)

LA LECHERA.

A una moza campesina,
Pobre de solemnidad,
Le regaló su madrina
Una polla cochinchina
De superior calidad.

Y esta polla [como quiera
Que es cosa tan verdadera
Que en gallina se convierte
Una polla, si la muerte
No le corta su carrera]

Fué al fin gallina, y ponía
Tanto que eso era un contento;
Y hasta un peso juntó un día,
Con los huevos que vendía,
La muchacha de mi cuento.

Mirando aquella mujer
En sus manos suma tal,
Sintió, como es natural,
Grande tentación de ser
Dueña de mayor caudal;

Y tras largo discurrir
Sobre el negocio en que hubiera
Su plata de introducir,
Vino á la postre á elegir
El oficio de lechera.

Fué la invención excelente,
Pero no fué original;
Que en este siglo es frecuente
Se haga lechera la gente
Desde que tiene caudal.

Compró, una vez decidida,
Cántaro en una peseta;
Cargador (cosa sabida),
En medio; y midió una olleta
Para unidad de medida.

Siete reales muy cabales
Le quedaban, con los cuales
Compró la leche á real
El tarro; luego en detal
Vendió el tarro á dos reales.

Bien le gustó, y con razón,
Aquella especulación;
Mas ¿ qué justo es que declames
Contra el *aura sacra fames*,
Oh buen Virgilio Marón!

Indujo á nuestra lechera
Aquella *fames* traidora
La leche á aguar, de manera
Que al poco tiempo ya no era
Lechera sino aguadora.

Con arbitrio tan lechero
Veintiún pesos allegó;
Y llevando su dinero
En una bolsa de cuero
Un largo viaje emprendió.

Por acaso en este viaje
Un puente de pasar hubo
Y durante ese pasaje
Que sacar la bolsa tuvo
Para pagar el pontaje.

Y, como iba su dinero
En fuertes, un peso entero
Tomó, y con el remanente
Sobre el pretil de la puente
Puso la bolsa de cuero.

Un pajarraco forzado
Olfateó el cuerecico,
Que era puro cuero crudo,
Y se lo llevó en el pico;
Mas sostenerlo no pudo:

Del pico se le cayó
La bolsa y fué á dar al río,
Y la lechera exclamó:
“ Ahora reconozco yo
Cuán justo eres, ¡ oh Dios mío!

Este peso que salvé
Era el peso bien habido.
Otros veinte que gané
Con agua y de mala fé
En agua los he perdido!”

[Copiado].

LA INOCENCIA.

Flor que brota lozana, hermosa y pura,
de nuestra vida en la gentil mañana;
solo tiene un jardín, que es el del alma,
y un solo jaralero, que es la madre.

Quando la ruin maldad con torpe seso
deposita en su cáliz su ponzoña,
baja del cielo un ángel á cortarla;
y desde entonces se derraman lágrimas!

Vicente Acosta.

SUETOS.

Nómina de las cantidades recogidas en las poblaciones de la República por suscripciones á "La Caridad", durante el año de 1884.

San Salvador.—Producto de la primera y segunda serie, números del 1º al 24.....	\$ 129 12 ½
Santa Tecla.—Producto de las dos series antedichas	25
Zaragoza.—Por la serie primera	3 12 ½
Sonsonate.—Por las dos series dichas.....	14
Izalco.—Por las dos series.....	3
Armenia.—Por la primera serie	4 37 ½
Nejapa.—Por las dos series....	7
Quezaltepeque.—La primera serie nada produjo. Quitado el agente, por la segunda se recogieron seis pesos siete reales.....	6 87 ½
Opico.—Las dos series.....	6 87 ½
Coatepeque.—Las dos series...	3 12 ½
Apopa.—Las dos series.....	5
Guazapa.—La primera serie..	2 50
Suchitoto.—La primera serie nada produjo; pero cambiado el agente se recogieron por la segunda.....	11 68 ½
Chalatenango.—Las dos series.	10 75 ½
Guayabal.—Las dos series....	2 50
Cojutepeque.—Las dos series..	9 12 ½
Ilobasco.—Las dos series.....	7 50
San Pedro Nonualco.—Las dos series.....	3 12 ½
Sensuntepeque.—Las dos series.	6 25
San Vicente.—Las dos series....	3 12 ½
Jucuapa.—La primera serie....	2
Usulután.—Las dos series.....	3 12
Tejutla.—La primera serie....	5
San Miguel.—Las dos series...	18 50
Jocoro.—Las dos series.....	2 50
Remitidos por el Gobernador del Departamento de Cabañas.....	11 25
Remitidos directamente por la municipalidad de La Libertad	1 25
Id. por la de San Jacinto....	1 25
Id. por la de Mejicanos.....	1 25
Id. por la de San Marcos....	62 ½
Id. por la de Santiago Texacoangos.....	1 25
Id. por la de Soyapango....	1 25
Id. por la de Zacatecoluca...	1 25
Venta de números sueltos.....	2 12 ½
Recogido entre varios empleados de esta capital.....	5 62 ½
Suma.....	\$ 302 30
Del producto anterior se han invertido en el pago de portes para corresponder á los canjes recibidos del exterior...\$	30
Se remitieron á las huérfanas de Santa Tecla.....	20
Y se entregaron en la Tesorería del Hospital.....	252 30
Suma.....	\$ 302 30

Debe advertirse que los cincuenta pesos treinta centavos de producto líquido; y que los agentes de las ciudades de Santa Ana, Tomacatepeque y otras poblaciones no han remitido la respectiva cuenta.

Aquí debemos dar y damos las debidas gracias á los señores agentes de cada lugar por el interés que se han tomado en la circulación del periódico, y en la recaudación del valor de los abonos.

Además de los ingresos anteriores, se han recibido en los primeros días del corriente mes de Enero las siguientes cantidades:

Cinco reales por una nueva suscripción en esta ciudad; tres pesos seis reales recogidos en la villa de Armenia por don Jeremías Castillo, producto de la 2ª serie; ocho pesos remitidos por don Pedro Carmona, por suscripciones de la misma serie, en la ciudad de San Miguel y veinticinco pesos remitidos por el señor Gobernador del departamento de Chalatenango, don Luciano Morales, por suscripciones de las municipalidades del departamento, correspondientes á las dos series publicadas; cuyas cantidades figurarán en la cuenta de los productos del año de 1885, que se publicará oportunamente.

Hospital.—Por inconvenientes sobreenvenidos, la sesión pública de la Junta de Caridad anunciada para el día de hoy, para dar cuenta del estado del Hospital en el año de 1884, no tendrá lugar sinó hasta el día primero de Febrero entrante. Recordamos á nuestros lectores la invitación que con este motivo hicimos en el número anterior y de nuevo suplicamos la asistencia de todos.

Durante el mes de Diciembre último se asistieron 539 enfermos: de estos 271 fueron los que ingresaron en todo el mes y los 268 restantes los que quedaron en curación al terminar el mes de Noviembre. Salieron curados ó mejorados 258 y murieron 12; quedando en curación para el presente mes 269. La mortalidad representa menos del tres por ciento.

Personas favorecidas con los premios mayores del sorteo 19º de la Lotería del Hospital y Hospicio, corrido el 7 de Diciembre de 1884.

Premio de \$ 3,000, que tocó al número 2372, Antonio de Paz y Valentín Mejía, vecinos de Santa Tecla, portadores cada uno de medio billete.

Premio de mil pesos, con que salió favorecido el número 2459, Luis Estrada, Adolfo Tibles y Ramón Muñoz, vecinos de la capital de Guatemala, uno de ellos dueño de medio billete y los otros dos de un cuarto cada uno.

Premio de \$ 500 el Hospital y Hospicio. El número 2802 que obtuvo este premio fué devuelto de la ciudad de Usulután, á donde se remitieron treinta billetes y solo se vendieron dos y tres cuartos.

Se advierte que en el sorteo de que se trata, corrido el 7 de Diciembre dicho, quedaron sin venderse 1362 billetes y un cuarto, que jugaron por cuenta del Hospital y Hospicio, con-

forme al reglamento. Entre ellos, además del premio de \$ 500, resultó obtenido cien y varios de menos valor, ascendiendo el total de todos á \$ 1186-50 centavos.

Se recuerda que el sorteo 20º tendrá lugar el domingo 8 de Febrero entrante, para el cual habrá cuatro premios de mil pesos, doce de cinco y otros de cuarenta, veinte, catorce y diez, llegando el número de todos ellos á 176 y representando la suma de \$ 7,500.

Sentimos bastante la suspensión del "BOLETÍN DE LAS SOCIEDADES CATÓLICAS," periódico "que servía de órgano de mutua comunicación y de medio de dar á conocer principales obras de caridad y beneficencia." Mientras dure la suspensión "La Caridad" tendrá mucho gusto y creará honrar sus columnas publicando cuanto se refiera á dichas sociedades.

También sentimos no haber recibido la memoria de la Sociedad Católica de Señoras de Tecapa, para hacer de ella referencia.

Acertado nombramiento sido el que ha recaído en don Juan Mata para Tesorero especial del Centro de esta ciudad, por renuncia de don Salvador Salazar. Habiendo aceptado el cargo el señor Mata, congratulamos de tenerlo como compañero en la Junta de Caridad.

Los boletos para enterramiento de cadáveres, de esta fecha en adelante, se expenden donde el señor Mata, casa de los señores Prieto de Santo Domingo.

Un buey gordo ha sido observado al Hospital por el señor doctor Carlos Peña. La Junta de gobierno de dicho establecimiento le ha dado las debidas gracias y nosotros damos público este acto de liberalidad con tanto mayor gusto cuanto que el señor Peña, siendo consiliario de la Junta de Caridad, tiene ya prestado y presta al Hospital importantes servicios personales.

¿Qué somos nosotros? número 18 de este periódico publicamos el primer capítulo, titulado "¿es el dolor?", de la obra escrita e ilustrada mejicana doña Concepción Arenal de E. Carrasco. Ahora reducimos en otro lugar del presente número el que lleva por título "¿somos nosotros?"; y después lo publicamos con los demás, por creerlo de utilidad, recomendando su lectura.